



¿COMO DEBEN SER LAS VIVIENDAS?

CARMEN CASTRO

Esta pregunta es el resultado de una experiencia personal, incómoda, que me forzó a ver una serie de viviendas recién terminadas hace un año, o a punto de terminarse, en barrios de Madrid muy codiciados. Su precio las clasifica en la categoría de lujo—dos a ocho millones de pesetas; 150 a 400 metros cuadrados—. La pregunta me inquietó, y sigue siendo para mí incitante. Alguien pudiera pensar que surgió de mi fatiga personal, pero yo confieso que a mí me satisface sobre toda cosa vagar, ver lo que desconozco, hablar con gentes extrañas para mí. En cambio, me produce incluso malestar físico la presencia de cosas inarmónicas, lo absurdo sin gracia, lo ilógico a toda luz. Y ésa es la sensación que me fatigó. Porque tras mucho subir, bajar, tropezar con puertas que abrían hacia donde no debían abrir, entrar, medir, considerar... tuve la clara sensación de que me hallaba subiendo por esas escaleras mecánicas de los Luna Park, escaleras dobles, cuyos peldaños jamás están al mismo nivel, y que el juego exige sean subidas apoyando cada pie en una de ellas.

Quiero decir que en Madrid están en marcha discordante viviendas y vivientes. Me parece evidente que o la casa, o la calle, o la gente, o los arquitectos deben acelerar o detener su marcha en el tiempo los unos con respecto a los otros.

Porque no hay concordancia entre calle de ciudad y fachada; ni entre la estructura en devenir de la célula social y el trazado fijo al parecer de la vivienda que Madrid le ofrece.

Uso inveterado es culpar al arquitecto, como responsable de estas que pueden parecer incorrectas viviendas. Y es mal uso;

porque, sin duda alguna, los arquitectos tienen razón. Ellos construyen, organizan las viviendas, cumpliendo deseos expresos o tácitos de las gentes que van a morar de inmediato en esas viviendas. Pero yo desearía que por una vez—y en este momento crucialísimo para Madrid—los arquitectos fuesen heroicos y valientemente se decidieran a asumir la misión de estructuradores sociales. Bien sé que la sociedad—los grupos sociales—deben ser moldeados fuera de casa: en la calle, en la escuela, en la Universidad... Pero como todo esto parece muy lento, y no del todo eficaz, se me ocurre que debería recurrirse a lo insólito, y que por un tiempo fuera la vivienda la que moldease a sus moradores. Como si los grupos sociales fueran la masa y la vivienda el molde justo. Las personas el hormigón, y las viviendas su encofrado. Después de todo, ¿no son las zapatillas las que conforman los pies de las bailarinas?...

La misión de los arquitectos—repito que bien me lo sé—estriba en hacer las viviendas para una sociedad que ya está viviendo. Su misión es construir partiendo de la sociedad existente, y no es obligación suya empezar por hacer la sociedad, como el violinista tiene que empezar por hacerse su sonido si quiere tocar una música. Pero, a mi modo de ver, Madrid es una ciudad adolescente, crecida sobre una vieja y auténtica villa, y tiene una población ciudadana nueva, impacientísima, dispuesta hoy a contentarse con mínimos, que aspira a determinadas cosas, no porque sean buenas o malas, sino porque tienen valor de símbolo; pienso en esos comedores y en esos dormitorios con consolas, y en esos muebles bares..., todo

ello tan inútil como costoso y encombrante. En cambio esa sociedad nueva, en cuanto ciudadana, todavía teme a infinidad de cosas y no las acepta porque no sabe ni su sentido ni su razón. Y así, el cuadro de estos nuevos madrileños, nuevos propietarios de viviendas ciudadanas decoradas por los mueblistas, es realmente conmovedor, pero tristísimo. Es un fin, y no un principio de vida, más a tono con el tempo social inmediatamente venidero. Tal vez por eso sea ésta una hora única para los arquitectos en Madrid.

Vaya por delante que yo—como una contemporánea de Aristóteles cualquiera—creo en el poder de la arquitectura, y del arte todo, sobre las personas, y máxime sobre los adolescentes. No son iguales las personas que han crecido entre proporciones armónicas y las personas que han crecido entre desproporciones, que crean al sentir contratiempos continuos y llenan de malos residuos el inconsciente. Y creo, además, que los arquitectos no son vacas sagradas, como dice mi amigo Camilo José Cela; en otras cosas, están mucho más lucidos en sus personas que las vacas sacras indias, y en general no hay cliente suyo—salvo las excepciones evidentes—que no les aplique adjetivos poco aptos para ser adjudicados a esos sacrosantos animales. Todo ello me hace concebir la posibilidad de que si con su saber, arte y prudencia fabricaran viviendas más a tono con la hora en devenir en nuestra ciudad, y en todas partes lograrían resultados óptimos sobre la masa dúctil, que son, en definitiva, los moradores de sus construcciones.

Y con esto, he aquí los hechos que a mí me parece están sin resolver:

Entre casas y calles están sin resolver estos problemas:

APARCAMIENTO Y AISLAMIENTO

Me parece que es hora de que cada edificio subsuma en su interior, o en su propio recinto, los vehículos de sus habitantes y de sus visitantes. Nadie diga ya al leer esto: "Ayuntamiento". Porque en nuestros días la fórmula "que lo arregle el Ayuntamiento" va siendo, como en los siglos pasados, la fórmula "contárselo al Nuncio". Ni el Nuncio entonces, ni el Ayuntamiento hoy, son apelables. El problema ha de ser resuelto por quienes construyen. Y traigo de nuevo a colación mi texto de W. Gropius: "La enfermedad de nuestra comunidad es el resultado lamentable del hecho de NO poner las exigencias HUMANAS fundamentales por encima de las industriales y de las económicas."

AISLAMIENTO

La ciudad es irrespirable, inaudible, inclemente a todas luces para la persona física. El aire está contaminado. El ruido está desquiciado y desquicia. Las luces—semáforos y anuncios—parecen de cheka. Hace excesivo calor, excesivo frío, excesiva humedad o viento, a veces, en la ciudad. Pues bien, dadas estas condiciones exteriores, ¿tiene sentido construir a más y mejor masas que son una pura terraza? No vale—es decir, resulta todavía peor—que las terrazas se pueblen de verdura. Porque, o bien las enredaderas adquieren aspecto decrepito, o bien el cuidado de sus hojas y ramas altas somete la acera a un peligro de rociada, no precedido del honesto "¡Agua va!" de antaño.

Pienso que así como no debe llegar el ruido a nuestras moradas madrileñas, tampoco debe entrar en ellas el aire sucio, contaminado, sin pasar por los debidos filtros, como se hace con el agua. El agua sabe mal, de acuerdo; pero el tifus sabía todavía peor, tras

el trago de agua exquisita y preñada de bacilos. En las casas debía haber centros depuradores del mal sabor del agua, y centros depuradores del aire contaminado; es decir, ventilación "condicionada", lo mismo que el calor y el frío.

Tampoco es cosa bien discurrida—en una ciudad de tres millones de habitantes, camino de los seis—que los portales de las casas no tengan más barrera, frente a lo desconocido que puede entrar por ellos, sino un portero. Menos artes decorativas portal adelante, y más seguridad en las puertas que abren a la calle. Si las puertas se abrieran desde cada piso, todo el que abre sabe que alguien hay en la casa, y si a su vivienda no llega, se preocupa de localizarlo. Todavía no pasan muchas cosas desagradables en Madrid. Pero así como fue prudentísima medida del conde de Mayalde iluminar abundantemente la ciudad, y gracias a ello se ha hecho transitable con cierta seguridad, ahora que Madrid es grandísima concentración humana, así también conviene tomar las debidas seguridades antes de que aquí se planteen las situaciones habituales en París o en Nueva York...

En cuanto a las viviendas por dentro, a su distribución y a su organización, para mí existe, en general, un enorme contraste entre lo bien resuelto que está el espacio de la vida familiar y lo poco bien resuelto que está el espacio de los mecanismos, que aseguran el funcionamiento del hogar, los llamados servicios.

Y, ante toda cosa, es impensable cómo en el día de hoy los planos de las viviendas ofrecen un cuadro claro de discriminación social.

LAS HABITACIONES DESTINADAS AL SERVICIO

Es evidente que, puesto que han de ser habitadas por gentes extrañas a la familia, a esas personas y a la familia les resulta más grato poder tener cierta mutua independencia. Independencia, sí. Distinta categoría de habitación, no. Ni tampoco deben tenerla los llamados baño-aseo. Sépase que las personas de servicio tienen tres dimensiones también, y no son lenguados, ni tampoco apaísadas criaturas. La envergadura de sus brazos es absolutamente normal, y así necesitan poder caber en los recintos que se les destina para su personal aseo. Esto, a decir verdad, no es un problema arquitectónico, sino un problema moral. Se hará del todo urgente a no muy largo plazo: es un problema que está ahí. En una gran ciudad es difícil que el servicio llegue a faltar por completo; pero es evidente que no lo prestarán quienes ahora lo prestan, sino personas más profesionales de estos trabajos caseros, o personas jóvenes de ambos sexos, que se abren camino en la vida ayudándose con unas horas de prestación personal en las casas, y muchas veces sin más salario que la comida, la cama y la ducha. De manera que conviene prever la situación y hacer en las viviendas un posible apartamento para el matrimonio joven o menos viejo que quiera encargarse del más anciano, o para los jóvenes que ayudarán a las familias jóvenes, por ejemplo; o bien, un lugar donde a una persona—las que los hispanistas U.S.A. llaman **limpiacasas**, él o ella—le sea posible cambiarse antes y después de haber limpiado, de haber realizado su servicio.

Tampoco está concebida bien la distribución de los mismos servicios. Y, en este caso, porque son cosas materiales las que están en juego, sí soy totalmente partidaria de la segregación. Postulo una segregación radical entre ropas e instrumentos de limpieza y alimentos.

En primer lugar, el llamado oficio debe estar anejo a la cocina mediando entre ambos una barrera que defienda al oficio de los sustanciosos, o menos sustanciosos olores culinarios. El oficio es el lugar donde se guarda todo lo referente a la mesa, y el lugar donde se debe poder comer en mesa siempre que se desee. A mi entender, conviene que la cocina sea pequeña, y grande el oficio: esto es lo que postula el vivir sin servicio, o con reducido servicio, o con un tipo de servicio—como antes decía—perteneciente a la misma categoría social-humana que los servidos.

Debe nacer en las viviendas un nuevo recinto de servicio. Aquel en que la ropa toda sufra las manipulaciones del caso. Y habrá de ser un cuarto de máquinas esencial. Hace falta una pila reducida, es clarísimo, pero lo esencial es que queden bien instaladas lavadora (que ya seca por sí misma), armario secador para la ropa que no se plancha, máquina de planchar, tabla de planchar para las piezas difíciles de meter en la máquina planchadora, si no se es gran técnico en su manejo. No se olvide el lugar donde "aparcarse" lo planchado y el dispositivo que permita cepillar con la aspiradora, y el abrillantar el calzado con el correspondiente mecanismo. Si, además, puede haber una terracilla donde la ropa salga al aire, pues en algunos casos—casas alejadas del centro sucio de la ciudad—debe haberla; pero esto depende, sí, del Ayuntamiento—ya lo sé.

Naturalmente que cocina y oficio deben estar acondicionados para que funcionen mecánicamente y cómodamente. Todo horno a un nivel razonable, y toda nevera a una distancia alcanzable desde la cuchara con que se está ligando una *bearnesa* o una pasta *chou*. Además de nevera, en la cocina hay que dar acogida al baúl congelador, cámara peligrosa sólo en las novelas policíacas. En algún lugar debe haber una despensa-bodega en que el vino no se pierda, ni otros productos que no son ni para congelar ni para helar. A muchos arquitectos se les olvida el vertedero, utilísimo a la vera del fregadero. Y tampoco debe olvidarse que una segunda nevera en el oficio facilita mucho el trabajo de la cocina o del cocinero, que de todo habrá en la villa de Madrid, y contentos estaremos con la nueva profesión de los castizos, que, dicho sea en honor de la verdad, cuando guisan por su gusto hacen prodigios.

Por estos barrios caseros—y a ellos sí les va bien un buen rincón perdido—deben tener prevista su morada los artefactos de limpieza de alfombra, suelos de baño, etc. ¡Ah! y las escaleras alcanza techos.

En Torres Blancas, las cocinas ya se han situado a nivel, y aun a la vera de los comedores-estar. Es decir, en un plano social único. Y así debe ser, y mucho me satisface. Merecen quienes hacen que la casa funcione pasar esas largas horas, imprescindibles y no descansadas, en lugares gratos y no en interiores lóbregos, como ahora sucede tantas veces. Esto—lo sé—supone dar la vuelta a la traza de la vivienda; pero es una vuelta posible para un buen trazador de planos.

No está previsto en casi ninguna casa, por no decir en ninguna de las nuevas, ese lugar incomparable, facilitador de la vida hogareña, llamado antes cuarto de armarios. Este lugar—sea cuarto, sea recinto, o lo que fuere—ha de ser reconquistado para el bien de la familia. No requiere ventana alguna. El actual sembrado a voleo por las casas de armarios empotrados, a través de cuyo fondo o lado corren tuberías frías o calientes..., armarios de formas casi siempre inverosímiles, de dimensiones injustas, y de colalización

peregrina, da la medida del mal concepto del orden casero que las gentes tienen. Una casa es igual que un barco. Y un barco es el ser material, sin alma sensible, más ordenado que el hombre ha dispuesto: véase cómo está distribuido el almacenamiento en los barcos.

Insisto: hace falta centrar en un sitio de la casa toda la ropa de casa, y todo cuanto no se puede tirar. Y hace falta también, por añadidura, que las habitaciones tengan más que armarios empotrados, *closets*, esos cuartitos diminutos en los que una persona puede vestirse dentro, rodeada de espejos, de ropas, de todo cuanto necesita para componerse. Preferible es una vivienda en que la habitación de dormir principal no tenga vestidor suntuoso, y en cambio tengan *closets*, como ella, todas las demás habitaciones destinadas a personas, sin fallar ninguna. Parece, pero con ello no se pierde espacio en absoluto. Y se gana paz.

Muchas mejoras podrían introducirse en los cuartos de baño. Pero lo esencial es que tengan acceso directo desde las habitaciones. Y que se sepa que nada se gana doblando el número de lavabos, porque lo que hay que evitar a toda costa—para bien de la pareja humana—son los diálogos en agua corriente. Son terriblemente peligrosos.

Lo que debería establecerse ya en todas las viviendas son los mecanismos de aspiración de polvo. Existen y funcionan en Japón—*relata refero*—y solventan el problema de la limpieza de cortinas, paredes, techos, libros, objetos, pinturas... Por lo demás, considero que trabajan en favor del buen funcionamiento de nuestros bronquios. El polvo no sólo entra desde el exterior. El polvo se cría a domicilio, porque es verdad que polvo fuimos y polvo seremos nosotros y cuanto nos rodea. Y la ventilación acondicionada no resuelve el problema polvo.

Se dirá que todo esto es caro, difícil de hacer admitir a la clase pudiente, que es quien hoy mismo puede pagarlo. Y respondo que las cosas son caras mientras resultan trabajo de artesanía, pero que todos estos mecanismos y distribuciones generalizados pueden ser perfectamente factibles. Hubo un tiempo en que tener nevera eléctrica y residir en una casa con su nevera incluida, se consideraba extralujo. Hoy es la base esencial del ahorro. Lo mismo acabará por acontecer con todas las demás que yo considero viejas novedades, y que no encontré en mi periplo realizadas a través de los grandes, lujosos, deleitosos pisos de Madrid, sino en parte, y rara vez.

Digo todo esto, bien se ve, no en son de crítica, ni en ningún mal son. Lo digo porque yo creo que hoy los arquitectos con cabeza tienen en sus manos nuestro futuro. Una vida en la que no nos coman las casas, sino nos pongan buen humor: por su buen bulto, su buena estampa, sus claras proporciones interiores, su nitidez respirable, su paz silenciosa donde toda música dé su máximo, su facilidad de puesta en marcha y mantenimiento cotidiano, debido a su feliz traza del sector servicios, y, en fin, la comodidad de poder tenerlo todo ordenadamente, o de poder arremolinar lo desordenado, fuera de la vista, dentro de un *closet*, hasta que llega el día de las grandes voces: ¡Habitantes del hogar, a los armarios vuestros! Y en sabiendo que la disyuntiva es o bien ordenar, o bien encontrarse al regreso de la desobediencia el *closet* propio vacío, todo el mundo escoge la vía del orden en una casa. (Es expediente probadísimo y jamás falló, que yo sepa.)